

interarq

# Mirando Desde el claustro de la Higuera

Eugenia Acosta Sol\*

Historiar la forma de vida en los claustros femeninos, es indispensable en la reconstrucción del *continuum* de las mentalidades occidentales en su conjunto, y especialmente de las mujeres. El papel generador en la cultura medieval europea, y posteriormente en las colonias americanas, del claustro femenino, se aprecia nítidamente cuando miramos desde un punto histórico anterior a su aparición. Regine Pernoud, experta en historia femenina medieval, encuentra que los monasterios de mujeres fundados precisamente por San Jerónimo, allá por el siglo IV de nuestra era, constituyeron una alternativa de vida, plena de crecimiento intelectual que permitió a las mujeres del bajo Imperio Romano optar por caminos

mejores a las duras condiciones de sujeción para ellas impuestas en el Código Romano y la institución del *Pater Familia*. Diríase que el claustro femenino, comparado con el pasado de invisibilidad jurídica de la mujer en el mundo clásico, es un hito liberador del ser.

Quizá desde nuestra ubicación histórica, los conventos femeninos medievales y virreinales resulten a veces opresivos y hasta lúgubres, a ello ha contribuido la mirada ensayística de varios estudios famosos que cargan las tintas hacia los innegables aspectos de sujeción y marginación femenina en la reclusión religiosa. No obstante, hay que mirar también que los conventos fueron un espacio de desarrollo intelectual, protección comunitaria y opción legítima para las muchas mujeres que por diversos motivos no entraban o no permanecían en el matrimonio.

Desde el claustro de la Higuera, penetramos en la cotidianidad y objetos-símbolo de una forma de vida virreinal, que permitió a mujeres de diversa extracción social, edad, talento y carácter, aportar enormes ganancias culturales a la sociedad novohispana y sus herederas, hasta llegar a la nuestra: poesía, herbolaria, sutiles pensamientos, música, inspiración, inventos gastronómicos, financiamiento de obra edilicia, dulces celestiales, pinturas solemnes, bordados angélicos e impulso devocional; obras todas para los novohispanos, y después para los mexicanos, encontraron su origen en las comunidades de mujeres enclaustradas, ¿cuánto deberemos al ingenio monjil, su devoción, sus anhelos y cotidianas prácticas?

En el capítulo primero de este claustro de la Higuera, Alicia Bazarte, Idolina Velázquez y Rina Cuellar, traen a nuestra atención tres personas, conspicuas representantes —en varios sentidos— de la so-



\*Maestra en Sociología.  
Becaria de la COFAA.  
atlantida277@hotmail.com



**Sillón con el emblema de la parrilla de San Lorenzo, Monasterio de San Lorenzo El Escorial.**

ciudad novohispana. Sus vidas se han seleccionado en el texto por haber sido protagonistas en la historia conventual del monasterio en cuestión; se habla de dos ilustres religiosas Lorenzanas y un empresario benefactor del convento de San Lorenzo, marco del famoso *paraíso* –como también se denominaba al claustro–, de la Higuera.

Isabel de Tovar y Guzmán –primera relacionada–, fue hacendada en el indómito norte novohispano; hija de conquistador y fundador, esposa también de acaudalado caballero, y madre, para su dolor, de uno de aquellos jesuitas misioneros mártires de la gran Chichimeca.

A propósito de esta dama, las autoras entran con gran sentido historiográfico los datos localizados en acuciosas investigaciones documentales con las referencias a la misma señora, localizadas en la obra del amigo y admirador contemporáneo Bernardo de Balbuena, eminente poeta y narrador de entre siglos XVI y XVII, autor del famoso elogio costumbrista titulado «Grandeza Mexicana»,

Los lazos económicos, culturales y sociales existentes durante la colonia entre la ciudad de Zacatecas y el convento de San Lorenzo de la Ciudad de México, son evidenciados gracias a la investigación que Alicia Bazarte y Enrique Tovar desarrollan acerca de la persona y obras de Sor Dominga de la Presentación; personalidad eminente, a buen seguro, en su tiempo, a juzgar por los testimonios y obras que el texto reúne. Dominga de la Presentación, también proveniente de una familia de conquistadores asentados en Zacatecas, usó ampliamente los caudales familiares para emprender obras en beneficio del convento y las monjas Lorenzanas.

A su muerte (1716), Sor Dominga dejó capitales y bienes a censo para sostener las siguientes obras: \$1 025.00 pesos para oficiar nueve misas en el día

de la Santísima Trinidad y para la cera que ardiese el día de los desposorios de San José; \$25 pesos para que se repartieran ese día entre las religiosas.

Los intereses de estos capitales invertidos alcanzaron para cubrir los encargos hasta 1863 que se cierra el convento de San Lorenzo (p. 57)

Una laudatoria recordación de la misma Sor Dominga, escrita por Juan Antonio Mora, unos años después del fallecimiento de la notable monja, anota prolijamente los valores novohispanos en torno a las mujeres de Dios, extensibles, porque no, también a las del siglo:

La reverenda madre Dominga de la Presentación, espejo cristalino de Paciencia y viva imagen de Cristo Crucificado...

fue mujer no sólo de gran virtud, sino de muy alta capacidad y talento singular de gobierno;

...acierto y consuelo de todas sus súbditas Madre de cada una, quien manifestó siempre maternales empresas de caridad y espíritu de gobierno dulce y apacible, con un alto concepto de celestial prudencia... (p. 59).

Para dar contexto a hechos y persona del empresario novohispano Fernando Oñate, los autores, Guillermo Domínguez y Gabriel Rangel, se adentran en el perfil y funcionamiento de la empresa novohispana y su vinculación con las redes familiares-matrimoniales, abarcando desde el sistema de



**Imágenes tomadas del libro *Desde el Claustro de la Higuera*. Rafael Sanzio. Desposorios de San José.**



**Iglesia de Santo Domingo, Centro Histórico, Ciudad de México.**

géneros de la Nueva España, la ubicación de la mujer en el marco jurídico de la riqueza familiar, y la reproducción de las fortunas y linajes.

La relevancia en esta obra, de Don Fernando de Oñate, riquísimo primer mayorazgo del conquistador, fundador, minero, hacendado y encomendero Oñate, radica en la relación que él y su familia sostuvieron con el convento de San Lorenzo, a donde vinieron a recluirse sus cuatro hijas, quizá a instancias de su prima Mariana de Mendoza, fundadora del monasterio.

A través de la investigación de la vida y en torno de Doña Isabel de Tovar, Sor Dominga de la Presentación y Don Fernando de Oñate, los autores componen un amplio cuadro puertas adentro y afuera de San Lorenzo, logrando mostrar a la institución monástica como un poderoso hito de fuerzas económicas, ideas y acciones en las redes sociales de la capital y aun del virreinato.

Al reconstruir estas tres vidas, se nos informa, con gran oficio por cierto, sobre gran cantidad de asuntos, vasos vinculantes con temáticas varias de la vida virreinal; asistimos así al ceremonial monástico, las jerarquías y parentescos espirituales, formadores de verdaderas familias intramuros; el programa arquitectónico conventual, las redes simbólicas, el ambiente emocional y, como no, los valores al uso, el «deber ser» de las virtudes femeninas. No se desperdicia nada.

Los capítulos segundo y cuarto, estudian los símbolos objetivados –atributos personales y objetos sacros– del pensamiento y vida conventuales; aná-

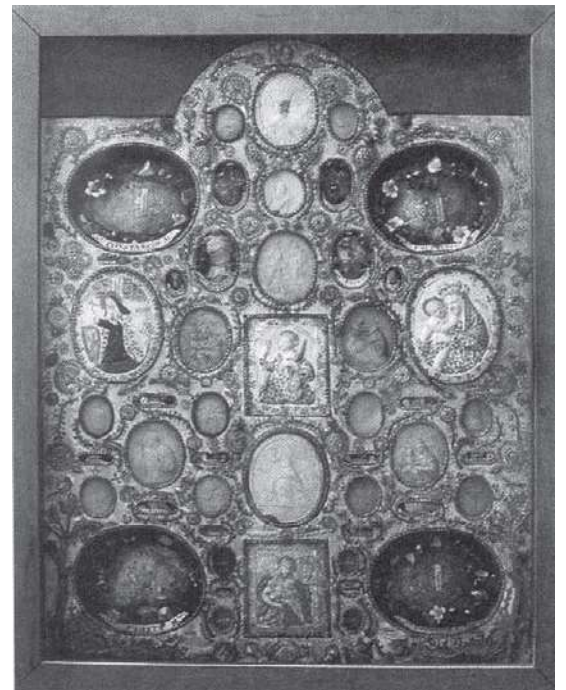
lisis indispensable en la comprensión del complejo de vida y pensamiento monacal.

Objetos que llegan a nuestros días en calidad de obras de arte, tanto por su valor estético intrínseco como por su contenido historiográfico, se reproducen y analizan en cuidadas páginas, que llaman también la atención hacia el esfuerzo editorial del Instituto Politécnico Nacional, por difundir el rico pasado del inmueble histórico bajo su custodia en la actualidad.

Sobre la salud y enfermedad, tal como eran concebidas y sentidas por los novohispanos, Deyanira García entrega, en el capítulo cuarto y último, un estudio sobre la epilepsia contumaz padecida por las religiosas lorenzanas de Puebla.

Atingente cierre en el discurso de la Higuera, para mostrar también los oscuros del cuadro monacal y la crudeza de algunos de sus ángulos; la práctica del dolor, casi confundida con el gozo, a propósito de la cual accedemos a sustanciales reflexiones acerca de las nociones de cuerpo, mente, curación, objetos curativos y corporeidad femenina en nuestro pasado virreinal, no tan lejano para muchos y muchas en nuestros días.

Para terminar estas notas, he de destacar la belleza de las ilustraciones seleccionadas, el atinado diseño del libro y la atinada providencia de no escatimar poesía como fuente de información y recurso lúdico en el relato. Mucho, creo, habremos de mirar... *Desde el claustro de la Higuera* ©



**Relicario del Convento Jerónimo de San Lorenzo (segunda mitad del siglo XVII).**